

Sobre la pedrea: una etnografía al vuelo¹

Juan Guillermo Gómez García

Profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia y Catedrático titular de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

¹ Este texto es una versión libre de la investigación que adelantó la Unidad Especial de Paz, de la Universidad de Antioquia, para la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad, con el título "Violencia política y conflicto armado en la Universidad de Antioquia (1958-2016)", se omite, por razones de intención ensayística, todo el respaldo documental.

Como no he podido encontrar un relato que me convenza sobre nuestras pedreas, me propuse trazar estas líneas, mientras hacía un informe a la Comisión de la Verdad, en el año de pandemia: 2020.

La llamada pedrea cuenta hoy con muy escasos defensores abiertos y quizá con el mayor número de detractores y críticos. Se identifica hoy la pedrea con actos terroristas, con el vandalismo, con lo más negativo de la movilización social y estudiantil, y su estigmatización por los medios de comunicación contagia a grandes sectores de la población, incluso a quienes se pueden considerar como amigos del cambio político. Pero no fue siempre así. La pedrea ha tenido muchas manifestaciones y cuenta con una evolución histórica, que aquí no podemos emprender, pero no queremos dejar de establecer una tipología que puede resultar útil como punto de partida para una discusión académica y pública más provechosa.

El eje del huracán más visible público de la protesta estudiantil fue y ha sido, sin duda, la pedrea. Ella simboliza y parece resumir colectivamente lo más álgido y arriesgado de las arengas, de los gritos antipolicíacos, y tiene en su desarrollo algo de paroxismo y fervoroso desorden. La pedrea ha concitado la presencia activa de todos los grupos radicales de la vida universitaria, los del EPL, ELN, M-19, ML, Anarkos, PCCC y otros espontáneos. El tirapietra fue un personaje emblemático. En el tirapietra

hay fuerza, disciplina, riesgo, audacia y no siempre en su accionar está ausente la humorada. Es un combate en el que el desafío con la fuerza pública, peculiarmente la Policía antidisturbios (ESMAD), se ve acompañado por un coro amplificado de estudiantes-espectadores que parecen animar a la refriega, como cómplices y resguardo. También el tirapietra puede encontrar refugio eventual en esa multitud que secunda la confrontación, con tintes de épica callejera. Los estudiantes entrenados a la refriega en el tropel provocan y desafían a la fuerza pública, pero también encuentran un sentido significativo en las masas que van detrás de ellos o los cercan con la mirada de encubrimiento colectivo.

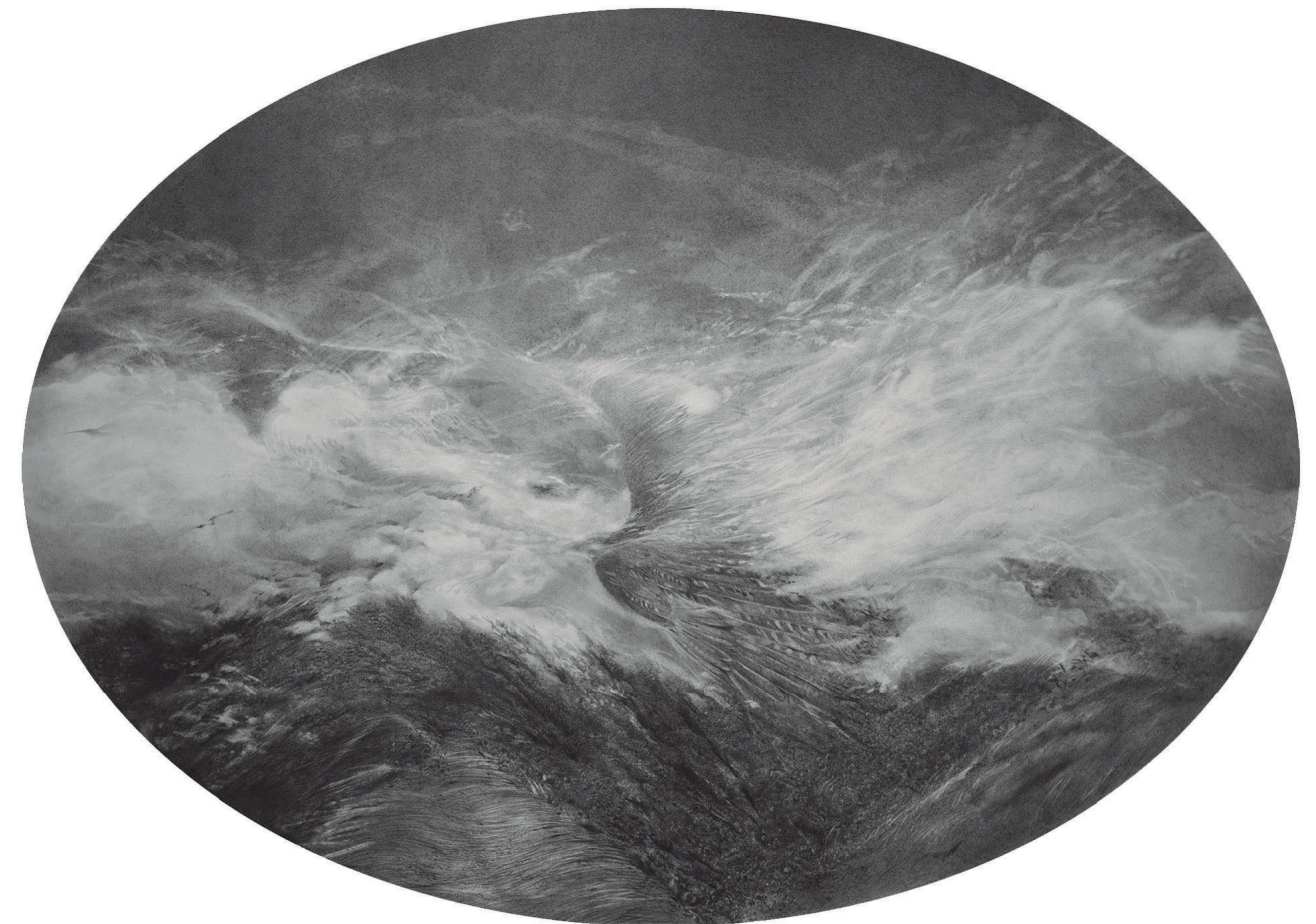
La respuesta a la piedra es, por parte de la fuerza pública, los proyectiles de gases lacrimógenos (a veces la bala o el chorro de agua a presión). Los tirapietra se cubren la cara con un trapo o bufanda por varios motivos; por un lado, por seguridad, y también para neutralizar los efectos químicos de la humareda (de bromuro de bencilo) que surge de los proyectiles o cartuchos policíacos. Cuentan, además, con la chorreada de leche o beber limón. Las canecas que se disponen antes de las pedreas en el campus universitario sirven para sofocar el humo de esos proyectiles (de unos diez-quince centímetros de largo y tres o cuatro centímetros de espesor) y evitar que se expanda el pestilente químico por el aire. Cuando el estudiante activista va detrás del artefacto (pues este se despliega en forma de zigzag a

modo de rastrea cucaracha veloz), el coro espontáneo aplaude y da vivas al lograr su objetivo. Hay algo de gran chanza colectiva, connivencia eficaz con estos actos de matiz heroico.

Se podría asegurar que el *pathos* político, ese desinterés propio que incita a la lucha por una nueva y mejor sociedad justa e igualitaria, está en el núcleo del activismo político del líder estudiantil y el tirapietra o tropelero o, más tarde, el capucho. Este desinterés está cifrado en un más allá, que podría llamarse impulso utópico. El tirapietra no cobra un salario, ni trabaja a destajo y en este sentido su carácter de conspirador profesional es más nominal que real, es decir, que no cobra una paga mensual segura o regular por su trabajo clandestino. Su profesionalización, a diferencia de las fuerzas del Estado, es así insegura, intermitente y hasta simbólica: un anhelo que escapa a la lógica de la conducta de la acción social racional burguesa trabajo=paga. En la mayoría de los casos del tirapietra o tropelero se trata de estudiantes (hay algunos eternos estudiantes, pero son pocos) que no miden o calculan una compensación por

sus acciones o actividad en que ponen en juego su libertad, su integridad e incluso su vida.

Hay algo espléndido, también algo ingenuo y decididamente político en una pedrea universitaria, si se piensa que para los levantamientos del julio de 1830, que tumbaron al último borbón en Francia (Carlos X), cuatro mil barricadas atravesaron a París. La diferencia abismal en la magnitud entre una barricada de origen plebeyo a una pedrea de origen estudiantil es más que considerable: al menos pone de presente que cerrar una arteria vial por un disturbio estudiantil parece lejos de una acción insurreccional de masas. Nada para comparar con los espectros formidables de los contingentes obreros de la Revolución del 1848, que aterrorizaron al buen burgués (aunque nada obtuso observador social), Alexis de Tocqueville décadas después. Eran los fantasmas errantes y temibles (el espanto del *Manifiesto* marxista) que desafiaban toda una civilización que encarnaba el temible legendario de Blanqui. Aquí no tuvimos ese ejemplar de raza superior revolucionaria, aplomado, soberbio y de palabra electrizante.



Alejandro García Restrepo, Topografías salvajes (lápiz sobre papel, 2019), @alejandrogarcia_restrepo

Pero la pedrea entre nosotros es algo muy serio, con un régimen organizativo interno trazable en sus peculiaridades. Hay en principio dos tipos de pedreas: por un lado; las organizadas por equipos o grupos orgánicos de estudiantes muy entrenados y con planificación debida. Estas pedreas o tropeles tienen sus días cásicos, las fechas infaltables del calendario revolucionario, de este calendario “ateo”. Estas son 15 de febrero, muerte de Camilo Torres, 8 y 9 de junio, día del estudiante caído, y 7 y 8 de octubre, por la muerte de Barrientos. La primera conmemoración ha venido perdiendo vigencia con el paso de las décadas. Las otras pedreas; que se puede llamar de masas y que emergen de una coyuntura especial, sin un itinerario ni una planeación determinada.

El motivo puede ser el rechazo de un Plan de Desarrollo, un intento de modificación de Estatuto estudiantil, un alza del transporte, un acontecimiento mundial perturbador, sobre todo impulsado por los Estados Unidos, etc. La modalidad misma no implica la virulencia o la escala de esta. Hay pedreas organizadas en fechas fijas sin afluencia masiva, mientras otras espontáneas que rebasan toda expectativa. Tampoco parece decirse (ni predecirse), en la línea del tiempo, la validez o invalidez (que está asociada en todo caso con la masa de estudiantes participantes) con el transcurso de las décadas.

Hay pedreas fenomenales como hay pedreas insulsas. Hay pedreas con desmanes y atropellos espectaculares y otras que pasan como nubes secas. Hay pedreas que instigan y suscitan emociones colectivas, y otras que suscitan rechazo. Hay pedreas que terminan en tragedias, en brutales mutilaciones y dolor irreparable. Hay épocas en que las pedreas culminan en allanamientos policíacos o de la fuerza pública especializada como el ESMAD (esto es parte de un patrón más o menos represivo), otras en que la malla o predio sirve de fuerza de contención por sí mismo como manifestación de línea so frontera invisible por la autonomía universitaria. Hay pedreas que inducen a las marchas y hay marchas que culminan en pedreas.

Las pedreas siempre alteran el orden académico y, no pocas veces, afectan los calendarios predisuestos por la administración. Siempre depende de la recurrencia de las mismas, pero está en el imaginario colectivo que a las pedreas se debe el máximo de las consecuencias para el retraso de exámenes y grados universitarios, como punto

de encuentro de las críticas más acerbadas de la opinión pública interesada y poderosa (prensa, radio, televisión y, ahora, redes sociales) contra ese “antro de guerrilleros”. No es raro encontrarse con un taxista, cuando se llega en taxi a los predios universitarios, que despotrique contra estos “subversivos y delincuentes estudiantes que se tragan el dinero del Estado y hacen destrozos inadmisibles”. En forma menos abierta, es también la voz de muchos profesores y algunos sectores estudiantiles. La pedrea siempre fue objeto de vigilancia por la contrainsurgencia, por los agentes del Estado y sus aliados paraestatales, para su represión de las consideradas cabecillas.

La pedrea se suele organizar con algún grado de detalle y en ellas están los grupos orgánicos insurgentes estudiantiles, de organizaciones revolucionarias, guerrilleras o de organizaciones o grupos afines marxistas-leninistas u otros. Hay profesionalismo, semiprofesionalismo y espontaneidad en las pedreas, en ocasión de su marcha. Hay, en todo caso, el tropelero *per excellence*, el capucho o clandestino, que no deja de tener su atractivo (me dicen ellos mismos) de seducción erótica. Ocurren así en la pedrea simultáneamente, al menos dos líneas. Una de acción previa: fabricar las papas bombas y otra espacial: concentrar el teatro del tropel. El epicentro privilegiado en la Universidad de Antioquia es la toma del puente en la Avenida Barranquilla, amplia arteria que une el barrio céntrico de Prado con la Autopista y sus conexiones con los populosos barrios en el Norte Bello y en el Occidente Robledo. Es decir, Barranquilla es un ducto neurálgico de la ciudad y su cierre motiva trastornos considerables, por horas, a miles de ciudadanos que transitan principalmente en bus.

En la pedrea no solo tiran piedra los estudiantes, también los cuerpos policíacos. Tiran piedra y en ocasiones también tiran sus papas bombas, según dicen los estudiantes, de más peligroso contenido. Hasta letal. En las pedreas está controlado el uso de petos por las organizaciones estudiantiles, con base en reglas establecidas de autocuidado y conservación de la vida. Solo se debe llevar un peto en la pedrea y el “cocinero” hace control y vigilancia de esta distribución para evitar accidentes. Estos los hay, y con consecuencias terribles para el portador y las personas que están en su alrededor. Hay accidentes, pero también se pasa a las acciones criminales. Uno de las más sonadas fue la muerte del estudiante Juan Esteban

Saldarriaga (17 años), víctima de un extraño objeto explosivo el 24 de octubre del 2002. Este episodio es aquí reconstruido con nuevas fuentes que apuntan a una posible acción policiaca, en una pedrea organizada para distraer la fuerza pública que en ese momento iniciaba la Operación Orión.

Anteriormente, la quema de un bus era la señal del inicio de la protesta. Este tiene, además, la tarea de bloquear la vía con el bus incinerado. Hoy, esta especie de campanazo al ritual tropelero, se encuentra en desprestigio y ahora se precisa de mayor riesgo para taponar la vía de dos carriles en doble sentido. La provocación a la Policía o al ESMAD es parte de ese ritual, la pieza maestra primera para la confrontación entre estudiante y fuerza pública. Los insultos llueven como piedras; los insultos van de aquí para allá y del Campus al Campus. Rabia, ira, indignación se mezclan en cada hijueputazo. Por su lado, también la fuerza pública o ESMAD está presta a atender, no sin pereza, el llamado a la lucha callejera. Hay algo de duelo, de honor comprometido en provocar y no faltar a la cita de la confrontación “bélica”. Si el

ESMAD no hiciera presencia, la pedrea carecería de sustracción de materia violenta.

La pedrea requiere confrontación abierta, violencia y el artefacto explosivo es uno de los elementos, como los instrumentos de cuerdas en el vals. Sin este la pedrea parecería floja, cuasi sin gracia, como fiesta de niños sin piñata. Como la quema del bus, el sonido de los explosivos es inherente a un acto de guerra revolucionario. De la clase de explosivos fabricado, no sin arriesgar la vida y la integridad de sus fabricantes, siempre en medio de una situación de azar al límite, depende en gran medida de qué tipo de tropel se trata. Dime qué explosivos emplearemos y te diré qué tipo de pedrea protagonizaremos, es como un código secreto no explícito a que se someten los contingentes rebeldes (como ya dijimos no homogéneos) en las pedreas. El riesgo de la fabricación del artefacto y el efecto de su explosivo son muy variados. Sin duda, al parecer, el más temible para el cuerpo del ESMAD es la Molotov. Su mezcla de gasolina y la espuma de plástico conocida como icopor, dos materiales que se venden abiertamente en el



Alejandro García Restrepo, Estudios para una anatomía imaginaria (Lápiz sobre lienzo, 2021), @alejandro_garcia_restrepo

mercado, es de un efecto terrorífico cuando hace contacto en los uniformes protectores policíacos. También está el peto o papabomba, en los que también hay variables de grados diferenciados de ofensividad.

Dígase lo que sea, hay una asimetría en la confrontación, pues el estudiante se presenta en sus diversas capas de participación, que hay que saber “leer”, es decir, interpretar los entresijos de la misma movilización especular (militantes profesionalizados, simpatizantes decididos, espontáneos, curiosos, tontos), mientras la fuerza pública se presenta con sus uniformados entrenados, protegidos y disciplinados bajo el orden estatal y deben responder, teóricamente, a él. Pero la asimetría no se presenta solo en este rango, sino en el hecho de que la fuerza pública infiltra las marchas, entromete provocadores a sueldo, tiene a su disposición información de inteligencia, instrumentos de control y represión (bolillos, máscaras, tanquetas, uniformes-escudos, cámaras de vigilancia y, como última novedad, en la manifestación del pasado de febrero de 2020, helicóptero), que hace de la pedrea un campo de combate nada parecido a una partida de ajedrez.

El éxito de la pedrea está en la confrontación cuerpo a cuerpo, en la trifulca, en el combate uno a uno en que la piedra, la Molotov y el gas lacrimógeno estén presentes. La parálisis del tráfico, la arenga a los estudiantes previa a la acción, los preparativos con algún grado de minucia son la tramoya para ese pulso estudiante-policía, en el que, sea dicho de paso, la participación de las mujeres no es nada desdeñable. La pedrea anteriormente estaba motivada racional y discursivamente, es decir, había colectivos que repartían panfletos y alentaba la razón del episodio. Hoy parece diluirse esa práctica discursiva tan aleccionadora.

Tras la pedrea no solo queda el ruido y eco de las papas bombas y la efusión del encontronazo. Muchas veces ha habido heridos; en contadas ocasiones, hasta muertos; ha habido detenidos, magullados, destrozados, y sangraron ojos al contacto de los gases que, sin esperarlo, envolvían no solo al combatiente, sino al fisgón y hasta la secretaria que, despavorida, salía a la orden del administrativo de evacuar el Campus. Para todos los efectos y sin poder calcular el tipo de reacción y daños sufridos en la integridad de los observadores desprevénidos y los manifestantes y sobre

todo de los militantes, se cuenta con un servicio de protección por fuera del Campus, que permanece invisible al bisoño, y que actúa tanto cuando hay capturas como cuando hay heridos entre los cuadros revolucionarios.

Por fortuna, había (y hay) un lapso entre la primera papa bomba y el primer petardo contra el ESMAD y el ingreso policíaco, para correr así sea con esas faldas propias del personal femenino de oficina y hasta de los profesores, que también salimos, entre cierta algarabía confusa, a tiempo a riesgo de ser transportados sin cortesía por la tromba de la fuerza pública, que algunas veces nos pisó los talones. La puerta que daba al Jardín Botánico (hoy Estación del Metro) era la salida propicia para recobrar la calma y escabullirse del hostigamiento de la pedrea. Luego la ciudad universitaria vaciada; la expectativa del cierre subsiguiente. Y luego, para rematar: al otro día, tenemos el comentario formulario de *El Colombiano* y *El Mundo* que se rasgan las vestiduras por ritual malintencionado sin entender nada (o mejor dicho, que escriben en son de alarma de beatas como si no entendieran nada para los que no entienden nada).

La pedrea deja daños, destrozados y, no pocas veces, víctimas inocentes. Las detenciones arbitrarias de transeúntes, que además son sometidos a una violencia desmedida por la fuerza pública, hacen parte del repertorio de hechos victimizantes, muchos de los cuales quedan a la sombra. El detenido queda lacerado, humillado en su ser moral y como ciudadano del común, y “pa la casita”, cuando se comprueba que es un paseante o, incluso, un curioso. Nadie vela por él. Por esto y mil asuntos más (dejar por horas atascado el tránsito, sobre todo de buses y busetas, que transportan a los sectores trabajadores), al parecer, la pedrea pertenece más al pasado “heroico” de las luchas estudiantiles que a un futuro promisorio de liberación nacional.

Hoy parece más sensato protestar sin disturbios, no provocar y no romper vitrinas o bienes universitarios (cuyos costos fueron muy elevados, no tanto económicamente sino como legitimación política). En otras palabras, protestar sin protestar. Hoy parece que la pedrea cede a la marcha masiva, muy diversa y múltiple en sus expresiones políticas, étnicas, de género, etc. En esto no solo se ha mellado la violenta confrontación con la Policía (que, no obstante, no desaparece) a favor

de una disputa más de orden simbólico, con una riqueza de manifestaciones en arengas, cantos, consignas, con tono lúdico, difuminado en sus líneas de combate, pero de protesta seria, sincera, abierta y, tal vez, más efectiva, en estas circunstancias, tras el Acuerdo de Paz. Acaso la pedrea se sumerge, por una dialéctica propia, en las profundidades del carnaval, como protesta imaginativa, como resistencia popular no menos subversiva.

En el interludio de este mandato de Petro y Francia han disminuido las pedreas universitarias, y creo, hasta pierden su regularidad y alta significación pasada. Es posible que su hora esté en ocaso

y que el gobierno del cambio asegure la garantía de los derechos colectivos por vías más pacíficas y promisorias. Pero restarle en valor histórico, la enorme significación que tuvieron las pedreas es un cuento de tartufos en retirada. Esperamos más de las ciencias sociales y humanas, en cualquier caso. ■



Angélica Teuta, Dibujos palíndromos, [Selk-nam en el bosque Kizway o bosque torcido], Dibujos a lápiz, tinta, acuarela y lápices de color, 81cm x 89cm, 2022, Pieza única, Colección privada @angelicateuta